

Editorial

TEMPLOS PARA LOS GATOS Y LAS ESFINGES

Llegó el momento en que los gatos tuvieron templos dignos en el Imperio Romano. De los territorios conquistados llegaban en rebote olas invasoras mucho más potentes que las militares: olas de culturas con más raíz que la romana y con esencias más penetrantes. Las esfinges egipcias veían burlonamente a las Minervas y a las Junos, humildes continuaciones degradadas de las originales Ateneas y Heras. Orgullosamente, los gatos trepaban a sus altares. Así sucede en los imperios.

En Estados Unidos las minorías han cobrado conciencia de ser dignamente quienes son y no caricatura de una deslavada cultura puritana y sajona. Lo que Martin Luther King fue para la cultura negra, lo ha sido el teatro chicano como resorte disparador para las hispánicas. El Teatro demostró su fuerza de congregación, de identidad, de transformación social, con el trabajo de los grupos chicanos.

Y simultáneamente, el teatro asiático, el de exilados cubanos, el de puertorriqueños (que son también exilados aunque de una categoría muy sui generis) y el de los demás centro y sudamericanos que por razones de política o trabajo han ido a dar a ese país, el de todas las minorías, tomaba voz y se erguía para dar su propia proposición estética, que es a la vez proposición socio-política.

Las fuerzas destructivas que el imperio desata en todos los países del llamado tercer mundo, tienen un explosivo rebote migratorio: y de las minorías que ahí habitan, después de la negra que con la esclavitud alcanzó un enorme porcentaje de población nativa, vienen en número mayor las de habla española.

No sabemos qué vueltas dará la historia, aunque el pasado tiene modelos que suelen repetirse. Pero hay una rama del teatro hispanoamericano que

crece y crece en Estados Unidos y que toma visos de calidad y energía de cambio imposibles de ignorar: es parte de nuestro panorama de las artes, es nuestra familia y su fuerza de expresión depende justamente de que es nuestra, de que tiene raíz, pasado, rostro que son comunes con los que a nosotros nos tocan. Es más, lo fundamental del asunto es que esa cultura sea *una extensión de la nuestra*.

En la modesta proporción que sus páginas limitadas lo permiten, este número Tramoya está dedicado a ese brillante fenómeno. La investigadora colombiana Beatriz Rizk ha reunido y coordinado amorosamente las páginas que siguen y le damos aquí nuestra gratitud.